

LA NUEVA GENERACION⁵¹

La nueva generación ha dictado ya su mensaje —que en boca de ella es una promesa, una solemne seguridad de victoria—, por conducto del Comité Unificador pro Almazán, de los Trabajadores de la Industria Eléctrica.

A ese Comité, viril y pujante, ha tocado en suerte interpretar y decir el pensamiento de la juventud.

Lo dice en su manifiesto del día 13. Lo dice con brillantez y en forma de claridad diamantina.

No quiere que persista la violencia. Rechaza la vesánica tesis de la revolución permanente.

“Toda revolución es un hecho transitorio; la crisis no puede hacerse eterna; la violencia no puede erigirse en sistema de gobierno.”

“Con el Presidente Cárdenas va a cerrarse un vasto ciclo de nuestra historia: el ciclo meramente revolucionario, es decir, el ciclo de la violencia.”

“Las perspectivas de la evolución se abren otra vez ante nosotros; el período violento ha culminado. La Revolución, como tal, ha cumplido su misión... La democracia queda así plenamente consagrada.”

Que se deje el paso libre a la evolución, al progreso sin tumultos, sin crímenes, sin crisis, sin problemas rebuscados, sin trágicas o costosas teatralidades.

Que se deje atrás el período de las violencias, de las vías de hecho, de los atracos, de la desaparición misteriosa —tipo huertiano— de los periodistas y de los hombres independientes. Que no haya más hecatombes, ni represalias, ni contiendas electorales manchadas con sangre. Que no se deje impunes a las autoridades y a los líderes, responsables de crímenes que en ningún país se toleran ni se perdonan.

La juventud exige que cese el imperio de la fuerza brutal, el régimen de los pistoleros, a sueldo de alcaldes y gobernadores. Ya no quiere que las

51 *El Universal*, 27 de septiembre de 1939.

elecciones se hagan a base de fraudes y de atentados, de persecuciones y de consignas.

Cada elección cuesta más sangre de inocentes, que muchos encarnizados combates.

Para decirlo de una vez: la nueva generación, ansiosa de libertades, pide y exige que en vez del grito airado de los facciosos, sedientos de sangre, se deje oír en todos los ámbitos del país y en todas las actividades nacionales, la voz majestuosa del pueblo que dicte su voluntad a los gobernantes.

La juventud distingue entre la Revolución y sus hombres. A aquélla la acepta y la justifica, y con su aprobación la consagra. Pero rechaza a quienes, diciéndose representantes del ideal revolucionario, lo deshonoran a cada paso con sus actos.

Detesta la inmoralidad y la farsa.

No puede creer que los impostores y los traficantes, los líderes que pasan la vida en banquetes y en orgías, sean los verdaderos representantes de una revolución que prometió abolir los privilegios y las canonjías, el fuero de los poderosos y la impunidad de los perversos.

Para la juventud una cosa es la revolución, y otra cosa muy distinta, los iscaríotes de la Revolución.

Ella sabe que los líderes son los que gobiernan, y no el pueblo. Sabe que la democracia no ha empezado en México todavía, y que es tiempo ya de que se inaugure.

Pero también comprende que la democracia y la libertad no han de caer del cielo como maná milagroso, sino que es preciso esforzarse valientemente por adquirirlas y conquistarlas.

Por eso está ella dispuesta a la acción: a una acción cívica perseverante y sostenida. No padece, por fortuna, de la abulia de muchos de nuestros intelectuales, que al primer tropiezo, a la primera dificultad, ante la más leve complicación o ante el rumor más insignificante, pierden la fe y empiezan a flaquear.

No; los jóvenes de hoy, como todo el que no padece de senectud prematura, sabe usar amplia y dignamente de sus energías vitales, tiene confianza en sí misma y en los destinos de la patria, y huye como de la peste, de esos análisis excesivos, de esas cavilaciones incesantes, de ese continuo polemizar sobre posibles contingencias, que infaliblemente conducen a la desesperación y a la inercia.

La juventud tampoco incurrirá en el feo pecado de la abstención. No hará caso de la voz de esos timoratos, hombres sin fe y sin acción, que invitan a abstenerse de la política, porque la política mancha...

¡Menguada fe de sí mismos demuestran lo que temen, al entrar en acción, contagiarse de la impureza de unos cuantos!

Si precisamente por eso ha sido víctima México de todos los tiranos: por la cobarde negativa de los hombres de bien de intervenir en los asuntos de su patria...

La generación actual no seguirá a esos derrotistas. Quiere su puesto en la lucha y sabrá conquistar la victoria. Con ella estaremos los viejos que tenemos el alma joven y que aportaremos el concurso de nuestra experiencia, único caudal que los años nos han concedido.

“Los entusiastas son los primogénitos del mundo”, dijo un hombre que aunaba la acción al pensamiento. No seamos esclavos de la vacilación ni de la duda. Seamos fuertes y ayudemos a los débiles.

Después de la generación que gestó la epopeya revolucionaria, ha nacido la que fundará en México la libertad.

Estemos con ella codo con codo.

Compartamos sin reservas, su optimismo y sus entusiasmos.

Aplaudamos su confianza en el porvenir y su fe en la victoria. ¡No seamos derrotistas, por piedad!

Sobre todo, rindamos homenaje a la juventud, nosotros los que algún día fuimos los hombres de la violencia; ya que ella enarbola el estandarte augusto de la paz, del equilibrio y de la concordia.

Y ello lo hace con el preciso instante en que la Europa decadente, sin fe ya en el ideal ni en la cultura, nos da el ejemplo deplorable de confiar a la fuerza y al odio, brutalmente desencadenados, la solución de problemas que sólo la justicia, la razón y la buena voluntad son capaces de resolver.

Después de veinte siglos, la más dolorosa de las experiencias vuelve a dar la razón a Cristo. Únicamente la justicia, la fraternidad, el amor y la paz entre los humanos, podrán cimentar la felicidad del mundo. De un mundo en que hoy los hombres se despedazan como bestias.